

# DE CUANDO LA FRANCESADA

Vicente Galbete (\*)

**M**al les iban las cosas a los franceses aquel año de 1813. Pagando bien caro el error, que tardíamente lamentara Napoleón en Santa Elena, al no haber justipreciado la capacidad bélica de España, las águilas imperiales iban dejando jirones de su orgullo, de derrota en derrota. La última había sido la de Vitoria, batalla que degeneró en rebatiña cuando, en tácito acuerdo los contendientes, se dedicaron, al alimón, a saquear la fabulosa impedimenta del nominado rey José y de su séquito, producto, a su vez, del anterior y metódico saqueo de nuestro patrimonio.

Vencido y fugitivo, el «quisling» familiar napoleónico pasó en Pamplona la noche del 24 de julio. Al siguiente día —¡Santiago y Cierra España!— sin salir todavía de la «cuenca», rumbo a Francia, la cola de aquella heterogénea multitud, días antes brillante corte y aguerrido ejército, asomaban ya desde Osquía las vanguardias del ejército aliado hispano inglés, tomando posiciones frente a Pamplona. Y cuatro más tarde quedaba completado, a la redonda, el cerco de la plaza. Cinco años y medio llevaba ya nuestra ciudad en poder del invasor. Cinco años y medio desde que, en 17 de febrero de 1808, el general D'Armañac, entonces nuestro supuesto aliado, se trocó de Aquiles en Ulises, apoderándose innoblemente de la confiada ciudadela mediante la conocida argucia de los soldados que «confraternizaban» con sus camaradas españoles, tirándose bolas de nieve. Aún había de durar cuatro meses más el bloqueo, antes de que en Pamplona ondease el rojo y gualda de España en lugar de la tricolor revolucionaria.

Al frente de unos 3.500 hombres, apoyado en abundante artillería y bajo la protección de la que era entonces primerísima «plaza fuerte», quedaba en Pamplona el general Cassán sitiado por los diez mil soldados del Conde de la Bisbal, al que pronto sustituyó con refuerzos el Conde de España. Pronto los sitiadores empezaron a potencializar su asedio con la instalación de baterías circundantes en Mendillorri y Santa Lucía, en Barañáin, Cordovilla y



Mutilva, mientras que, cubriendo el sector de Huarte el segundo Batallón de la División de Espoz y Mina, al mando de Barrena, representaba en esta operación a los voluntarios navarros, deseosos de liberar a la que era Cabeza de su Reino.

Grandes acciones no las hubo, en verdad, durante el asedio. Tan sólo escaramuzas de avanzada y algunos pequeños encuentros parciales durante las salidas que hacían los forrageadores franceses, ocasionándoseles en tres ocasiones hasta media docena de muertos y menos de un centenar de heridos, para los que hubo que habilitar, así como para los fallecidos entre la población civil, un cementerio provisional en el término de Los Pinos (entre la cárcel y la Granja provincial actuales), ya que el otro caía en zona enemiga.

Tuvieron lugar estos combates en la llanada de la margen derecha del Arga, siendo el más importante de todos el de 9 de septiembre en el que llegó hasta Villava la caballería francesa, resultando gravemente herido el general en jefe de las fuerzas sitiadoras. Pero, aún para esa audaz incursión, no puede por menos de encontrarse exagerado el juicio de Le Gentil de Quélern, uno de los altos oficiales sitiados quien con evidente exageración dice que harían falta para describir la proeza, la pluma de un Homero o el pincel de un Rafael.

Temerosos por su subsistencia quiso el general Cassán, al comienzo del bloqueo, desembarazarse de las bocas dispendiosas, expulsando de Pamplona a todo aquel que no contase con víveres para tres meses por lo menos, calculando que para esa fecha el ejército pirenaico de Soult habría levantado ya el bloqueo. Pero calculó mal. Fracasada la ofensiva de Clausel y de Reille, quienes por Ibañeta y



fue) hubo grandes fiestas e iluminaciones.

Y, aunque anecdótico, resulta interesante saber que a tal júbilo se debió el renacer de la Comparsa de gigantes, tiempo ha, caída en el olvido. Por lo menos así lo hace constar en el *Libro de Oro* del Ayuntamiento su Secretario de entonces don Luis Serafín López Pérez de Urrelo, que de ningún nombreni apellido se privaba. En la

Esteribar, Velate y Ulzama, debían llegar en socorro de Pamplona, vencedor Wellington de los franceses en Sorrauren, a finales de julio y remachada su victoria por los desastres que éstos sufrieron en Vera y San Marcial, la guarnición de Pamplona vio desvanecerse toda esperanza de ayuda exterior y fallidos Cassán sus cálculos de bloqueo máximo. El hambre fue, poco a poco, dejándose sentir. Se miniracionaron los víveres, se comió primero caballo, luego perros, gatos, ratas, yerbas, hojas, cortezas y otros hipotéticos alimentos. Se presentó también el escorbuto. Varias veces intentó Cassán librarse de la población indígena — como lo hiciera al comienzo del sitio— sin que el Conde de España consintiera que nadie saliese de la plaza.

Famélicos, agotados, sin moral —(130 soldados imperiales desertaron en pocos días)— los franceses empezaron a hablar de capitulación. Pretendían aún imponer ciertas condiciones por lo que las negociaciones se rompieron. Reanudadas a finales de octubre, sólo se aceptó por el vencedor dejar salir con armas a la guarnición para desarmarla en los mismos glasis y conducirla, bajo custodia, hasta Pasajes.

El 31 a la noche, destacamentos españoles ocupaban ya la puerta del Socorro en la Ciudadela y el Portal de Francia. El 1 de noviembre, a las dos de la tarde, salía el invasor de Pamplona. La plaza había disparado durante el sitio 8.170 cañonazos y las bajas de la guarnición fueron de diez oficiales y 370 muertos de tropa. Cassán, a una altura meramente honorable desde el punto de vista militar, no fue tampoco, desde luego, ningún Palafox.

Al día siguiente de la liberación, jubilosa la Ciudadela volver a ser oficialmente española (de corazón siempre lo

palabra «Gigantes» dice: «*Muchos años no se habían sacado; y así es que los que tenía la Ciudad se hicieron pedazos. La Cathedral conservaba los suyos aunque arrinconados. Cuando después de la guerra de la independencia se vio libre esta Plaza de la guarnición francesa, en noviembre de 1813, después de haber sufrido un sitio de cuatro meses, en el qual me hallé dentro de esta Plaza, hubo iluminación la noche de la entrada de las tropas españolas. Corriendo yo el Secretario las Calles llegué a ver la iluminación de la Iglesia Cathedral, y vi dentro del atrio se pasaba con mesurado paso un gigante: como yo no había llegado en mi niñez a verlos, me llamó la atención, y me agradó: El Auditor de Guerra al tiempo Don Manuel Subiza y Armendáriz llegó al paraje; y ambos como dos niños estuvimos largo rato con otras gentes que llegaron, entretenidos un rato porque el mozo carpintero que lo llevaba le dio varias vueltas y nos hizo recordar lo que habíamos oído a nuestros padres de los Gigantes. Puerilidad será; pero esta puerilidad ha sido la causa de que después por San Fermín se hayan sacado todos los años los gigantes; y es menester confesar que en los primeros años divertieron mucho, más en el día se han hecho tan comunes que no tienen mérito más que para los muchachos y los aldeanos. Los franquea la Cathedral pidiéndoselos y el ayuntamiento paga a los hombres que los llevan.*

Así se liberó Pamplona y así resucitaron los gigantes aquel 1 de noviembre de 1813.

(\*) Por su interés y actualidad insertamos aquí este artículo del entonces Archivero Municipal de Pamplona, que fue publicado en PREGÓN n° 46, de Navidad de 1955. 